LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Año XXII. Num. 18.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Flores de lana.—Peinado para teatro ó suaré.—Tapete con salpicado de narcisos.—Bordado en relieve sobre red.—La envidia.—Probidad y amor filial.—Explicacion del grabado de modas.—Leyenda fantástica.—Creo en Dios.—¡Hija mia!—En un álbum.—Teatro del Circo.—Problemas de ajedrez.—Explicacion del figurin iluminado.—Aviso importante.—Geroglífico.

Flores de lana.

MANZANILLA.

Las doce hojas que componen esta flor se hacen como los granos de la espiga de trigo (véase nuestro número 15) pero se emplea lana blanca y alambre forrado de algodon blanco fino. Para hacer el corazon, se toma una hebra de lana amarilla de color fuerte y otra hebra de color tambien amarillo, pero de punto mas claro; con estas dos hebras empleadas simultáneamente se rodean dos dedos de la mano izquierda, sobre los cuales se les hacen dar unas veinte vueltas poco mas ó menos; por estas vueltas se pasa un alambre, cuyos dos cabos se tuercen juntos muy cerca de la lana; á esta se echa un nudo lo mas apretado que se pueda á un centímetro de distancia del alambre, luego se corta y se atusa la lana junto á esta última ligadura, de modo que forme una especie de hoja plana que tenga el tamaño del corazon de nuestro modelo; se la rodea con las hojas blancas, haciendo que los cabillos de estas se envuelvan, por debajo, al rededor del corazon de la flor.

Peinados para teatro ó suaré.

PARA SEÑORAS JÓVENES Y SEÑORITAS.

N.os 1 y 2.—Los cabellos de detrás se atan para formar un ancho lazo de *corbata*; al efecto, se divide el dicho cabello (despues de atado) en 2 partes iguales; en cada lado se forma una coca, y se traen los cabos delante del atado; se peinan juntos los extremos de cada coca para formar la ancha hebilla del lazo.

Por delante el cabello ha sido ondulado con anterioridad por medio de las *horquillas ondulatrices* del n.º 2; se levanta, se abofella y se sostiene por crespones horizontales, armados sobre peinecillos largos. Para que estos crespones se mantengan bien, y para que el peinado quede alto por delante y plano por los lados, es menester levantar los cabellos desde la parte mas baja de las sienes, dirigiéndolos hácia la raya y estirándolos bien con una mano; entonces se colocan los peinecillos, con los dientes hácia abajo, tan cerca como sea posible de la raya de delante; en seguida se forman los bandós, dirigiendo las puntas hácia la castaña, pero no muy abajo, porque importa dejar descubierta la oreja, para que se vean las cocas de detras que completan el peinado.

Sobre la raya, entre los dos bandós, se pone un ramillete de flores, como los que figuran en el delantero de los corpiños.

N.os 3 y 4.—Para formar el torcete de atrás es menester tener ó adquirir cabellos muy largos: se los peina hácia la nuca, se los retuerce por abajo con la mano derecha; luego, ayudándose con la izquierda, se los retuerce de nuevo hasta la mitad de su largo; en seguida se dirige el ruló hácia el lado izquierdo y se forma la mitad del torcete sujetándolo con un peinecillo; el excedente de los ca-

N.º 1.—PEINADO DE SUARÉ PARA SEÑORAS JOVENES Y SEÑORITAS.

N.º 2.—EL MISMO PEINADO VISTO POR DETRAS.

© Biblioteca Nacional de España

bellos, despues de haber sido á su vez retorcido, sirve para formar la otra mitad del torcete.

Los cabellos de delante se dividen por cada lado en dos partes; se emplean cuatro crepés armados sobre peinecillos, dos de los cuales han de ser algo espesos y los otros dos bastante lijeros. Se comienza por el bandó de detrás de uno de los lados, se le prepara colocando el crepé, pero no se le sujeta de seguida. El bandó de delante, igualmente contenido por un crepé (el mas pequeño) se detiene en el peinecillo de bolas, y el extremo de este bandó de delante viene á unirse á los cabellos de detrás, dándoles una porcion suya; entonces se sujeta este debajo del torcete.

Tapete con salpicado de narcisos.

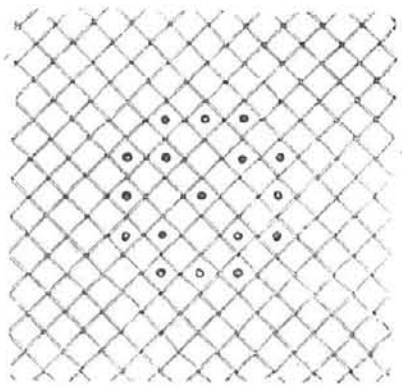
CROCHET Y PUNTO DE AGUJAS.

MATERIALES.—Lana céfiro verde, blanca, amarilla y violeta; agujas de acero de mediano grueso.

Este dibujo, muy original, se compone de exágonos (figuras de seis lados), en cuyo centro se hace un narciso: puede servir, no solo para tapetes, sino tambien para alza-piés, cogines de sofás, etc. Cada exágono se ejecuta por separado, luego se reunen todos. Segun el uso á que se destine podrá emplearse en su confeccion lana céfiro ó lana gruesa. En nuestro modelo los narcisos son alternativamente blancos y violetas; el fondo sobre que se hallan es verde, los corazones se hacen al crochet con lana amarilla de un solo tono de color.

Se comienza el exágono por su medio; con la lana destinada al narciso se arman 8 puntos en una aguja, y se labran de ida y vuelta 16 agujas, haciendo alternativamente una vuelta al revés y otra al derecho: la 1.ª vuelta es al revés; el primer punto de cada vuelta se *levanta*, sin hacerlo.

Despues de la vuelta 16 se levantan sobre una aguja separada (del lado en que se encuentra la hebra) los 8 puntos de la orilla (primera hoja del narciso), y sobre estos 8 puntos se hacen 17 vueltas, que componen la segunda hoja; la primera de estas vueltas se labra al derecho.



N.º 2.

Despues de la vuelta 17 se levantan de nuevo sobre una aguja separada (en el lado en que se encuentra la hebra de lana, 8 puntos de orilla: para que no embarace un número demasiado grande de agujas, se reunen los 8 puntos de la segunda hoja con los 8 de la primera, y se labra (sobre los 8 puntos últimamente levantados) la 3.ª hoja como se ha labrado la 2.ª Los 8 puntos de la 3.ª hoja pueden tambien reunirse á los puntos de las dos primeras; despues se ejecutan las otras tres hojas del narciso como las 2.ª y 3.ª; se labran al revés los 8 puntos de orilla de la última hoja con los 8, con los cuales se armó la 1.ª hoja, y se desmonta, asegurando la hebra de lana.

Mientras que al hacer los narcisos se levantan siempre los puntos de orilla del lado izquierdo de la hoja, cuando se trata de hacer el fondo con la lana verde se levantan, por el contrario, á la derecha de una hoja de narciso 8 puntos de orilla, y se labran de ida y vuelta las vueltas siguientes.

1.ª *vuelta*, *revés de la labor*.—En cada uno de los 8 puntos de orilla, uno al revés.

2.ª *vuelta*.—Un punto levantado, —1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado;—1 echado,—menguado,—1 echado,—1 punto al derecho.

3.ª *vuelta*.—Enteramente al revés; cada echado se hace como un punto.

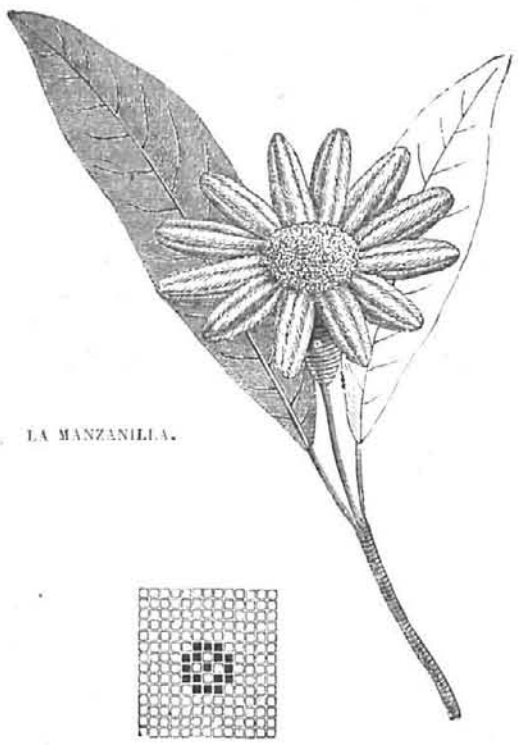
4.ª *vuelta*.—El primer punto se hace con el punto mas próximo perteneciente á la hoja inmediata, y que se halla sobre otra aguja; en seguida —* 1 echado,—menguado.—Vuélvase á empezar tres veces desde *.

5.ª *vuelta*.—Como la 3.ª

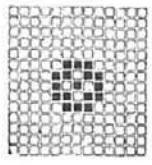
6.ª *vuelta*.—Como la 4.ª, con la diferencia de hacerse *con* el primer punto los dos mas próximos de la hoja inmediata (perteneciente al narciso), es decir, 3 puntos en todo, que se hacen juntos.

Las vueltas 7.ª, 9.ª y 11 se labran como la 3.ª; las 8.ª y 10.ª como la 6.ª

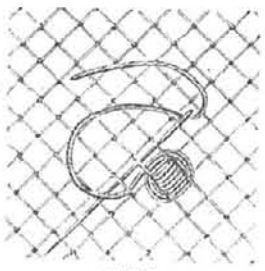
12 *vuelta*.—El primer punto se hace con el punto de la hoja inmediata; los otros 7 se hacen por separado al derecho. Se desmonta al revés, algo flojo; se levanta sobre la hoja de junto, 8 puntos de orilla, de modo que se tienen 9 puntos en la aguja, y se hace la segunda *esquina* verde como la anterior. En la 2.ª vuelta, despues del 4.º *echado*, se hacen 2 puntos juntos, lo cual restablece el n.º de 8 puntos. Como esta se labran todas las demás esquinas, y se termina el exágono haciendo con la lana amarilla el corazon del narciso; este corazon se



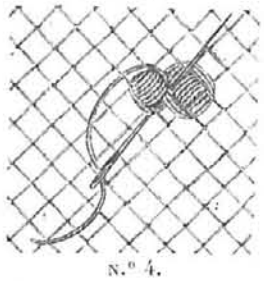
LA MANZANILLA.



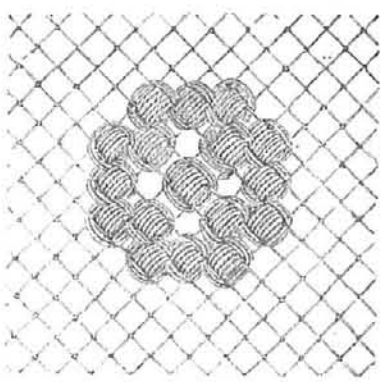
N.º 1.—BORDADO EN RELIEVE.



N.º 3.



N.º 4.



N.º 5.

compone de una cadeneta hecha al crochet, reunida en redondo (10 ó 12 puntos poco mas ó menos), sobre la cual se coloca el mismo número de bridas. El corazon, asi formado, se cose en el centro del narciso.

Se unen los exágonos cosiéndolos unos á otros por el revés: en el medio se coloca un exágono con narciso blanco, á los seis lados del cual se ponen seis exágonos con narciso violeta: este círculo va rodeado por otro que lleva narcisos blancos en sus exágonos, y así se continúa haciendo alternar unos y otros.

Bordado en relieve sobre red.

Esta especie de bordado es de mas efecto que el bordado á zurcido; puede emplearse en una porcion de objetos; manteles de altar, cortinas de ventana, velos de butaca, etc.

Puede hacerse por todos los dibujos para crochet, red ó tapiceria, pero observando cierta marcha. Así, todos los puntos colocados en línea recta en los dibujos se hacen al sesgo sobre red; es decir, en la direccion de los cuadros que se tocan por la punta; los puntos colocados al sesgo en los dibujos se hacen por el contrario, en línea recta sobre red, pero se deja siempre un cuadro entre dos cuadros que hay que bordar. Para hacer esta demostracion mas clara, hemos puesto aquí una muestra de dibujo de tapiceria (n.º 1) el cual se compone de diez y siete cuadros (ó cruces), y luego otra muestra de red (n.º 2) en la cual los cuadros que hay que bordar para ejecutarlo se indican con puntos. El exámen comparativo de estos dos dibujos quitará toda ambigüedad á nuestra explicacion y permitirá á nuestras lectoras ejecutar en red toda especie de dibujo de tapiceria.—La ejecucion de este bordado es muy sencilla. Se toma algodon grueso de bordar, se sujeta uno de sus cabos á uno de los cuadros de red, y se cubre este cuadro con cinco ó seis puntos, que se rodean dos veces pasando la aguja al rededor del dicho cuadro, de una esquina á otra alternativamente por *debajo* de dos hilos, y luego por *encima* de dos hilos de la red (véase el dibujo n.º 3). El cuadro que se acaba de llenar se cuenta por un *punto* ó *cruz*; nuestro dibujo n.º 3 indica uno de estos cuadros terminado, y al mismo tiempo la direccion que hay que dar á la aguja para comenzar otro cuadro. Se llena este como el anterior, se le rodea lo mismo y en esta última operacion se emplean los hilos de la red, sobre los cuales se ha pasado ya para rodear el primer punto (véase el dibujo n.º 4). Se comprende que cuando se han hecho puntos en línea recta, es menester dejar un cuadro vacío entre dos llenos, toda vez que estos cubren en parte al expresado cuadro vacío. El dibujo n.º 5 representa la muestra n.º 1 ejecutada por medio de este bordado en relieve.

LA ENVIDIA.

De todas las enfermedades morales á que está sujeto el hombre, la mas penosa, la mas horrible, la incurable es esa mezquina pasion que se llama la envidia.

Desde Cain acá, la envidia ha hecho mayor número de víctimas que todas las demás pasiones que se apoderan del hombre, harto débil para resistirlas.

Si por un milagro de la sabia Providencia, pudiera el hombre rechazar los consejos de la envidia y la vanidad, apacible y tranquila por extremo, seria la vida de la familia humana, y brillante y solemne el triunfo de la verdad.

Pero esto es imposible.

La envidia vivirá tanto como el mundo, y cuanto mayores sean los progresos de las naciones, mayor será el número de los esclavos de esa miserable pasion.

La envidia aisla al hombre en medio de los hombres: todo lo bello, lo grande, lo bueno; todo lo que sirve de satisfaccion á los demás, es precisamente lo que mortifica al envidioso, condenado por la pasion que le subyuga al desprecio de los hombres de sano corazon, á la terrible pena de no sentir ni hacer sentir ningun dulce y grato afecto, ó vivir dentro de sí mismo, á solas con la envidia que roe y corrompe su corazon y embota su inteligencia.

Para el envidioso no hay amistad, ni deber, ni amor, ni familia; en su corazon no cabe mas que el odio, en su imaginacion no cabe mas que una idea fija, inmóvil, el deseo mezquino del mal del prójimo, aunque el mal del prójimo no contribuya á su bien.

El envidioso, como todos los hombres dominados por una pasion mezquina, es cobarde siempre.

Por eso es un enemigo de quien todo debe temerse.

Hablais á un envidioso del talento que distingue á su mismo hermano, y cree que le insultais; habladle de las riquezas que la suerte ó el trabajo han proporcionado á cualquiera, y creerá que quereis echarle en cara su pobreza y su poca ventura.

Si no quereis que os aborrezca y que allá en el fondo de su alma desee que desaparezcais del mundo, procurad no ser rico, ni respetado, ni amado; procurad no pasar en vuestro estado de ser una mediania, porque apenas se aperciba de que habeis dado en el camino de la prosperidad ó de la gloria un paso mas que él, será enemigo irreconciliable vuestro, aunque le hayais colmado de beneficios, aunque partais con él vuestro pan, aunque su existencia dependa de la vuestra.

Un sabio escritor francés cita este ejemplo:

«Existia en un pueblo de Francia una magnífica fábrica de la que eran dueños dos hombres, compañeros de toda la vida, uno de los cuales era distinguido y amado por su actividad, su aplicacion y las nobles prendas de su carácter franco y generoso, al paso que el otro inspiraba general antipatía por su carácter brusco y desabrido, y por manifestarse en él una envidia y un egoismo superiores á todo encarecimiento y tanto que ni se cuidaba si-

© Biblioteca Nacional de España

quiera de disimular tan miserables pasiones. —Un dia un horrible incendio redujo á cenizas la fábrica y sus dueños quedaron literalmente arruinados. —Pues algun tiempo despues, hablando al envidioso de la impresion que habia hecho en su socio y compañero aquella ruina inesperada, dice el escritor á quien me refiero, que brillaba la alegria en el rostro de aquel miserable, y que parecia como olvidado de su propio infortunio para regocijarse con el de quien habia sido desde la infancia leal amigo y compañero suyo.»

En política y literatura sobre todo, es considerable, lastimosamente considerable el número de los envidiosos.—Y no hay para qué decir que los envidiosos son los que menos dotes naturales tienen, los que menos constancia y aplicacion, lo que no debieran salir nunca de la oscuridad y salen, Dios sabe cómo y por qué, *los que pueden considerarse, en fin,* verdaderos intrusos en la república de las letras ó en las regiones de la política.

Respecto de los envidiosos dedicados á la política quiero guardar absoluto silencio. Todo el mundo los conoce y todo el mundo los aprecia en lo que valen; ellos que nada merecen, suelen vivir bien á costa del país; pero allá se las hayan con esa vida que es una limosna que les hace el país caritativo. Son hombres de tal condicion que no sirven para ganar el pan con el sudor de su frente ó con el fruto de su inteligencia y su estudio, y seria una crueldad dejarlos morir de hambre y miseria.

Los envidiosos literarios son aquellos que sin otro mérito que su osadia, han invadido el, en España, casi estéril campo de la amena literatura, dedicándose sin licencia ni temor de Dios y sin haber saludado siquiera á Hermosilla y Condillac, á escribir todas aquellas vulgaridades que les vienen en mientes, procurando de este modo hallado de vivir y ser conocidos y adquirir títulos suficientes á sus ojos para tomar asiento en el templo de la inmortalidad.

Triste es la situacion de estos infelices merodeadores de la literatura, que se consagran en cuerpo y alma, si es que la tienen y no es de cántaro, á *merecer el favor del público* y de quienes el público no hace caso nunca.

Generalmente la envidia se manifiesta bien clara en ellos, despues de haber recibido algunos desaires del público, y los unos se erigen de su propia autoridad en severos censores de los demás, y todos se consuelan con ser trompetas del descrédito y hablar mal de aquellos á *quienes no pueden* igualarse.

¡Qué horrible angustia debe sentir el envidioso cuando vé á otro halagado, aplaudido, premiado por su talento y su laboriosidad.

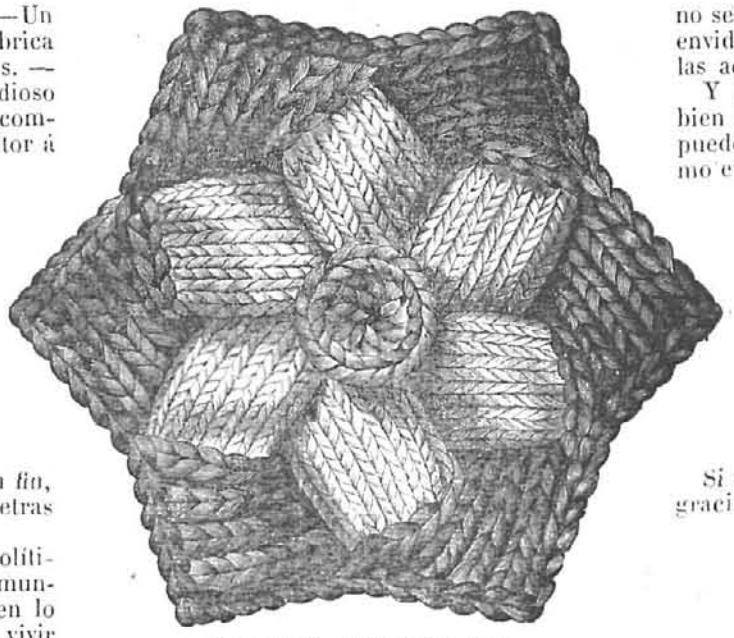
No siente solo el enojo, la ira, el despecho que le causa el bien que otro merece y el odio que le inspira el mas afortunado y mas digno que él, sino que siente tambien toda su pequeñez, toda su incapacidad para poder llegar un dia á ser tan halagado y aplaudido y premiado como aquel.

Y puede que lo consiguiera, puede que la constancia, el estudio y la fé le proporcionarán tambien un triunfo igual al conseguido por otro; pero la envidia que le domina, que le roe el corazon, que le hace incapaz de todo pensamiento noble y elevado, se ha apoderado de todas sus facultades, y no es posible que el hombre esclavo de tan miserable pasion imagine nada que no sea vulgar y mezquino, nada, en fin, de lo que puede imaginar el hombre de recto juicio, sano corazon y generoso espíritu.

Mucho mas pudiera decir de los envidiosos literarios, pero confieso que seria una crueldad añadir al tormento que les hace sufrir la semi-pasion que los esclaviza, el de verse aquí retratados tales cuales son.—Lástima, y no otra cosa, deben inspirar lo mismo que la inspira el infeliz atacado de hidrofobia, á quien se ve morir desesperado, sin poder calmar sus dolores á costa de ningun sacrificio.

La envidia en las mujeres es muy comun tambien por desgracia, y muy temible á la verdad.

Dice Young que la vanidad puede estar unida á un buen carácter, pero que la envidia supone siempre perversidad en el corazon. — Esta verdad demuestra que la mujer envidiosa es un peligro en la sociedad y una calamidad en la familia.



EXÁGONO SALPICADO DE NARCISOS.

No hay nada, malo se entiende, de que no sea capaz una mujer envidiosa.

Creo que la envidia en las mujeres puede ser hasta una enfermedad contagiosa; por eso, si yo tuviera hijas dedicaria especial cuidado á impedir que conocieran á ninguna mujer envidiosa.

La mujer que es víctima de esta horrible pasion, no es mujer: no es mujer, porque precisamente el carácter que la naturaleza dió á las mujeres, y los dulcísimos deberes que Dios les impuso, rechazan la envidia como todas las pasiones mezquinas, todas esas pasiones que no debieran nunca á las que han venido al mundo con la nobilísima y consoladora mision de ser madres y compañeras del hombre.

La mujer envidiosa es perversa precisamente. Para ella no hay amistad, ni amor; todo es envidia, todo es odio.

Las mujeres que valen mas que ella física ó moralmente son siempre sus víctimas.

¿Cómo ha de ser buena esposa, cómo ha de ser buena madre la mujer encadenada á ese mezquino sentimiento?—A la envidia pospone el amor de los *hijos, el honor del esposo, todo, absolutamente* todo.

En el hogar profanado por una mujer envidiosa no puede haber paz ni prosperidad.

La envidia aconseja mal siempre, y la mujer dominada por la envidia, oye siempre sus consejos y siempre los sigue.

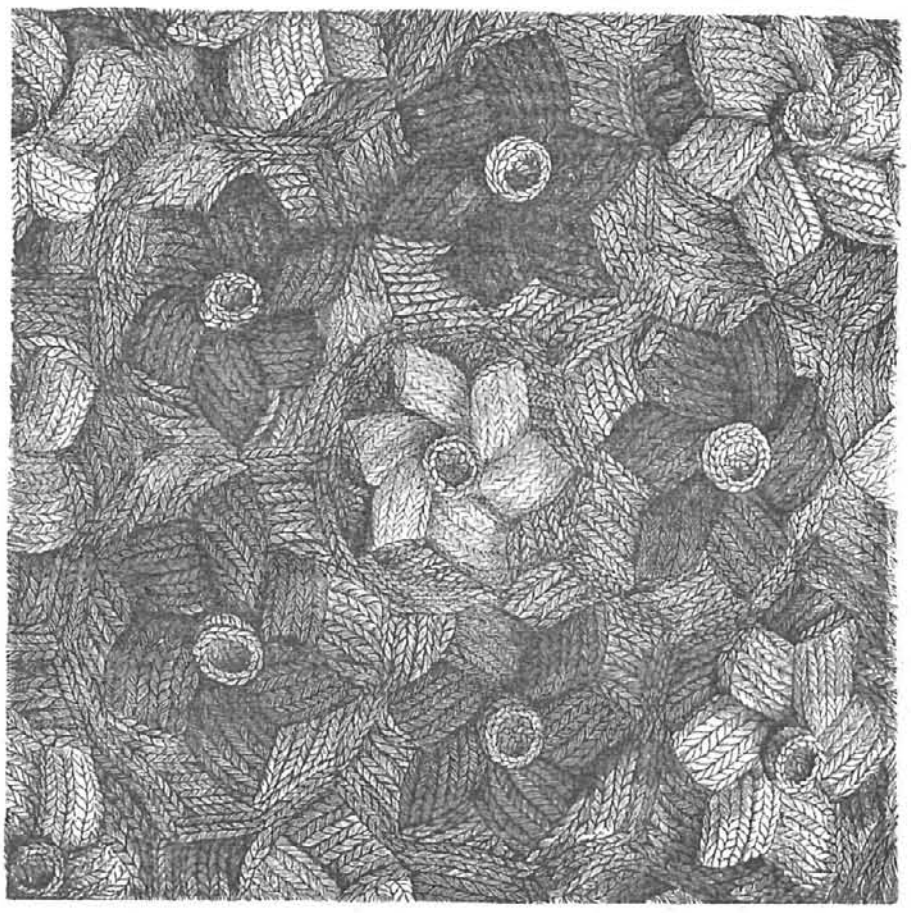
Una mujer vana podrá ser honrada; la mujer envidiosa no puede serlo, porque no hay nada á que no se muestre propicia para dar satisfaccion á la envidia, y la envidia no se satisface mas que de malas acciones.

Y basta con esto; el asunto de este artículo es bien poco agradable, para mí sobre todo que no puedo ver sin dolor tantas mezquinas pasiones como envilecen al hombre hecho á imágen de Dios y que tan mal cumple su destino, dejándose subyugar por ellos, y olvidando que Dios nos hizo para amarnos los unos á los otros, y que es breve, muy breve nuestro tránsito por este mundo, y que solo en el otro hemos de hallar la vida eterna de la verdad.

Para concluir, definiré la envidia, como Bacon, el gusano roedor del mérito y de la gloria, y repetiré, con Hennequin, que en la escena del mundo los espectadores envidian á los actores y estos á los espectadores.

Si no existiera la envidia no habria tantos desgraciados en el mundo.

CARLOS FRONTAURA.



TAPETE CON SALPICADO DE NARCISOS.

PROBIDAD Y AMOR FILIAL.

I.

Entre los consejeros del parlamento de Bretaña distinguíase por su profundo talento y rígida probidad M. de la Faluere: versado en la legislacion, dotado de una penetracion igual á su aficion al estudio é infatigable en el desempeño de sus deberes, aquel magistrado dignísimo era el oráculo de sus compañeros y la honra de la provincia y de la toga; feliz por el aprecio y el respeto general de sus conciudadanos y de sus compañeros, lo era asimismo en el seno de su familia por sus propias virtudes y las de su esposa, de quien era tiernamente amado, habiéndoles á mas de esto concedido el cielo una hija que prometia igualar á su madre en gracia y en bondad.

M. de la Faluere gustaba mucho del retiro, y los placeres del mundo no tenian para él atractivo; sin embargo, por complacer á su esposa aceptaba como un sacrificio lo que tantos otros buscan con afan. Una noche habia prometido acompañar á un baile á Madama de la Faluere; por no disgustarla quiso cumplir su promesa *á pesar de sus quehaceres, y luego veremos las graves* consecuencias que causó esta frívola condescendencia.

Estaba encargado M. de la Faluere de presentar un informe sobre cierto proceso importante en que se trataba de una herencia de 20.000 libras de renta que se disputaban dos parientes: era el uno un rico negociante extranjero que se habia presentado en Rennes con un lujo deslumbrador, creyendo sin duda imponer con esto á los jueces; y era su contraria una pobre viuda, tan tímida, que no se habia atrevido á hacer una visita á los magistrados, y tan pobre, que la pérdida del pleito habia de dejarla expuesta, con su hija, á la mas espantosa miseria.

Los deseos de M. de la Faluere hubieran sido todos en favor de la anciana viuda, si un juez pudiese alimentar deseos: habia estudiado con interés y cuidado aquel negocio sobre el que debia redactar su dictámen para leerle, al dia siguiente del baile, en la audiencia; y al considerar el importante deber que tenia que llenar, estuvo á punto de renunciar al baile, persiguiéndole por mucho tiempo esta idea. Pareciale que aquellas horas preciosas que iba á pasar en medio de los *placeres, eran reclamadas por el deber*; que valia mas pasar el tiempo velando para estudiar aquel negocio, de que dependia la suerte de una familia, que tomando parte en el bullicio de una alegría que aturdiria su cabeza sin interesar á su corazon. Pero cuando se entregaba á estas reflexiones entró en su despacho madama de la Faluere adornada ya para el baile y radiante de placer: no se atrevió á ahogar aquella alegría y se dispuso á acompañar á su esposa, desechando los escrúpulos de su conciencia.

A todo esto el informe estaba apenas comenzado, y para terminarlo, hubo de llamar á un antiguo letrado, hombre de ciencia y probidad, que le servia á veces de secretario, y era ciertamente digno por sus circunstancias de esta confianza: le instaló en su estudio, le entregó los papeles del pleito, le explicó este ligeramente, indicándole los libros que podria consultar, y le rogó que concluyese su trabajo durante aquella noche; el jurisconsulto, satisfecho de la confianza que en él depositara su principal, puso con buen ánimo manos á la obra.

Durante algun tiempo no se aburrió, como temia M. de la Faluere, porque su mujer estaba contenta y alegre; mas la memoria del proceso le atormentó dos ó tres veces, y al contemplar aquella multitud tan brillante y bulliciosa que se agitaba por los dorados y espléndidos salones, aquel lujo de diamantes, flores y encajes, pensó en la pobre viuda que es-

© Biblioteca Nacional de España

peraba ansiosa en su humilde morada el resultado del pleito; turbóse mucho con esta idea, diciéndose á sí mismo: «Mejor hubieras hecho ciertamente en quedarte estudiando y escribiendo el informe; porque si tu secretario olvida alguna circunstancia importante, si no juzga el negocio bajo el mismo punto de vista que tú, si duerme, si se le extravia alguno de tantos documentos... ¡Ah! ¡saldré pronto de aquí, y ayudaré á mi secretario á terminar el informe!»

Iba á ejecutar su designio; pero al acercarse á su esposa para decirla que se preparase á marchar, la vió tan risueña, tan complacida y festejada, que no se atrevió á manifestarla su deseo. Entonces M. de la Faluere trató de distraerse, aunque sin conseguirlo, pues la presencia del opulento extranjero que le colmaba de obsequios, le era muy penosa; no cesando de representársele la infeliz viuda que pasaria aquella noche sumida en la tristeza y ocupada únicamente en pedir al Señor que no la desamparase.

Por fin terminó el baile, y el magistrado volvió á su casa despues de las cuatro de la mañana; en seguida corrió al despacho, donde el secretario dormia profundamente; á su lado estaban perfectamente ordenados los papeles del proceso y el informe enteramente acabado; y aunque M. de la Faluere le hizo varias preguntas, no pudo obtener de su secretario sino algunas palabras insignificantes; por otra parte, él mismo no se hallaba en estado de estudiar, porque aun atronaba sus oidos el ruido de la orquesta, aun veia ante sus ojos los brillantes y las flores sobre frentes de alabastro, y la imágen del extrangero se le aparecia como un negro fantasma en medio de aquellas otras imágenes placenteras. Con trabajo pues leyó el informe que debia pasar por obra suya.

Al dia siguiente leyó con mas tranquilidad el escrito, que le pareció bien razonado: su lógica era excelente y las conclusiones inatacables. Segun el informe, el extranjero debia ganar el pleito. ¡Pobre mujer! dijo M. de la Faluere, tomando tristemente sus papeles al salir para el palacio de Justicia.

Allí la viuda esperaba inquieta la sentencia que iba á decidir su suerte: al verla, el magistrado suspiró, mas no vaciló en cumplir su deber, y con voz firme y segura leyó su informe: los compañeros fueron todos de su opinion, la desgraciada viuda perdió el pleito, y su contrario volvió á su pais con su cuantiosa herencia, mientras que aquella se retiró á una miserable guardilla, donde trabajaba dia y noche para mantenerse con su hija.

Pocos meses despues falleció madama de la Faluere en lo mejor de la segunda juventud, dejando á su esposo y á su hija única sumidos en la mas profunda aflicción.

II.

Al cabo de seis años se habia dulcificado la pena del digno magistrado, gracias principalmente á su hija Adelaida, en quien habia concentrado toda la ternura de su corazon; lo cual merecia en verdad la niña, imágen viva de su buena madre, así por su amable y bondadoso carácter, como por su hermosura y gracias.

Adelaida, muy jóven aun, estaba prometida á uno de los caballeros mas distinguidos de la provincia, el vizconde de Morvan. M. de la Faluere le habia preferido á otros muchos, no tanto por lo ilustre de su nacimiento y por sus grandes riquezas, como por lo agradable de su trato y la elevacion de sus sentimientos; y esta alianza iba á efectuarse dentro de poco tiempo con la mas completa aprobacion de ambas familias.

Cierto dia en que ocupado M. de la Faluere de una grave cuestion de derecho, quiso consultar algunos libros que no habia abierto hacia muchos años, halló entre las hojas de uno de ellos un pliego, lo que le admiró en extremo, pues acostumbraba tener muy en órden todos sus papeles, convencido de que el órden es casi una virtud.

Coge aquel papel, le lee atentamente, y segun vá adelantando en la lectura, un frio mortal se dilata por sus venas y una nube turba su vista y el papel se escapa al fin de sus manos... Reune sus fuerzas, toma de nuevo el papel, le lee otra vez todo entero; y entonces vé que es desgraciadamente cierta su desgracia.

Aquel documento era un titulo auténtico, fehaciente, irrecusable, que probaba claro como la luz del dia que aquella herencia dada al extranjero correspondia á la pobre viuda.

¿Cómo estaba allí aquel papel? Sin duda que en la noche del baile fatal se le olvidó entregarlo al secretario, ó mas bien este lo habia extraviado al revolver los libros de consulta: y no habia medio de aclarar el hecho; porque aquel jurisconsulto habia muerto hacia algun tiempo, y aunque viviese, de nada servirian ya sus explicaciones, pues siempre resultaria que la negligencia del magistrado habia causado la ruina de una familia.

Si un rayo hubiese caido á los piés de M. de la Faluere, no le habria causado tanta impresion como aquel descubrimiento: su conciencia le advertia que su falta no le era comun con los otros jueces, pues bien sabia que á consecuencia del informe que habia leido en el tribunal se dictó la sentencia; pensó que, magistrado poco cuidadoso, habia obrado casi como prevaricador, y que el olvido ó pérdida de aquel documento equivalia á una sustraccion, con todas las apariencias de un crimen; y aunque su falta no tenia mas testigo que á Dios, que leia en su corazon, experimentó por un momento la confusion del inocente que por alguna imprudencia dá á los maldicientes el derecho de tratarle como culpable.

Despues su pensamiento se dirigió á la pobre viuda, víctima de su descuido, privada durante seis años de una fortuna que la pertenecia, y condenada á todas las angustias de la miseria: y entonces una idea cruzó súbita por su mente, derramando algun consuelo en su alma. ¿No podria, se dijo M. de la Faluere, repararlo todo con mis bienes?

Entonces se sienta al pupitre, calcula el valor de los bienes que correspondian á la viuda, y los intereses de él durante los seis años, y hasta los intereses de los intereses: «Quinientos mil francos he hecho perder á esa señora: si hoy que lo sé no se los entrego, la habré robado.»

Dicho esto ajustó cuánto podia valer su casa de Rennes, su lindo castillo de las orillas del mar y las tierras que de él dependen; á esto añade cien mil francos que reservaba para el dote de Adelaida; y la suma de todo asciende á poco mas de la cifra que deseaba. Respira al fin, su pecho se dilata, y casi gozoso, exclama: «Conservo mi honor y reparo el mal que he hecho; ya no tengo que temer ninguna reconvencion, ni de Dios ni de mi conciencia, y desde mañana quedaré ya tranquilo, volviendo á esa desgraciada familia las riquezas que la pertenecen, la alegria y el reposo del alma, de que yo la tengo privada; yo, por mi parte, renuncio sin trabajo á una fortuna que no podria conservar sin ser criminal; y cumpliré sin orgullo el deber que me impone la justicia, no pidiendo á los hombres auxilios que me humillarian, ni elogios que no necesito.»

De las alturas de la virtud fué preciso descender á las consideraciones de familia, y entonces comenzó para aquel recto magistrado una dolorosa prueba, pensando que iba á arruinar á su hija; su resolucion no varió por esto, pero no pudo menos de sentir por Adelaida la falta de aquellos bienes, que para él solamente no tenian valor alguno. Habíala acostumbrado á la opulencia desde niña, para reducirla de seguida á la pobreza, porque ya no la quedaria sino la modesta herencia de su madre; y aquel matrimonio convenido, que constituia la felicidad del padre y de la hija, ¿seria ya posible? ¿Qué iba á ser de la pobre Adelaida? ¿Cómo podria ella aceptar tan doloroso sacrificio?

Agitado M. de la Faluere por tan tristes pensamientos, no salió de su habitacion ni quiso recibir á nadie, velando toda la noche y haciendo decir que trabajaba.

A la mañana siguiente llamó á su hija y la dijo con voz solemne y melancólica:

—Vamos, mi querida Adelaida, á rezar un momento sobre la tumba de tu madre.

Salieron á pié y pasaron por delante del palacio del vizconde de Morvan, que estaba asomado á un balcon y les saludó. M. de la Faluere, que daba el brazo á su hija, conoció por un ligero extremecimiento de esta y por el rubor repentino que se pintó á su rostro, cuánto amaba á aquel que su buen padre la habia escogido para esposo, siendo esto para él un nuevo motivo de pena.

Padre é hija oraron con recogimiento, y M. de la Faluere se dirigia á aquella alma pura, esperando que le oiria desde el cielo; la pidió gracia por el pesar que iba á causar á su amada hija, rogándola se colocase entre Adelaida y él para dulcificar el golpe que debia herir á aquella.

De vuelta en su casa, el magistrado condujo á su hija al despacho, y haciéndola sentar á su lado, habló en estos términos.

—Un caballero á quien tú conoces, mi querida Adelaida, se encuentra en una posicion muy delicada, y por un motivo que mas tarde te explicaré, quiere saber tu opinion: es un magistrado, que por un descuido ha arruinado á una honrada familia; habiéndolo ignorado largo tiempo, ha venido á saberlo hace algunas horas; pero su falta como sus consecuencias son ignoradas de todo el mundo. Ahora bien, ese magistrado quiere saber cuál es tu opinion, y te consulta por conducto mio: habla, hija mia.

—Le compadezco, exclamó Adelaida con dulce acento, pues debe sufrir mucho por el daño que ha hecho sin querer; mas no debe dudar un momento: es necesario que restituya á esa familia lo que la pertenece.

—El daño es inmenso, Adelaida: iguala al caudal que posee, y al indemnizar mi amigo á los extraños, sacrifica á sus propios hijos.

—¡Sus hijos!... Si tienen algun sentimiento de honor, ¿cómo han de aceptar una fortuna que no les pertenece? De ningun modo. Y si acaso son tan mezquinos que manifiesten repugnancia por la pérdida de su fortuna, entonces compadeceré doblemente á su padre, porque seguramente habrá perdido mucho mas que sus bienes.

—¡Querida Adelaida! ¿Con que tu opinion es que entregue cuánto tiene?

—Sí, padre mio.

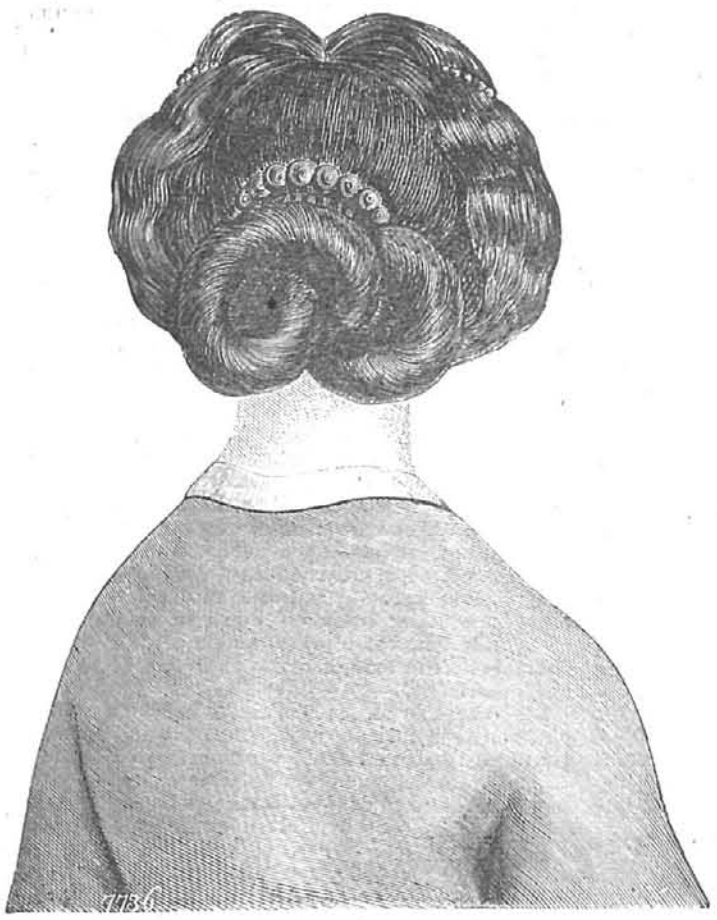
—Pues bien, abrázame; ven á consolarme; porque ese magistrado que ha descuidado sus deberes, que por ello ha arruinado á una familia, soy yo.

Adelaida se arrojó en los brazos de su padre, abrumándole con sus caricias y diciéndole cuantas frases dulces y tiernas puede inspirar el amor filial: la fortuna que iba á perder, la felicidad que habia entrevisto y se evaporaba como el humo, no la ocuparon ni un momento, porque no pensaba sino en su padre y en ayudarle al cumplimiento de su sacrificio para hacérsele mas ligero.

M. de la Faluere gozaba en aquellos instantes un placer muy superior á cuantos puede proporcionar la mas rica fortuna; sin embargo, de vez en cuando tristes ideas turbaban su alegria.

—Y ese lance, decia á su hija, ese lance ya no es posible. Sin dote ahora, ni esperanzas para lo porvenir, la delicadeza no nos permite pensar en él. ¡Qué desgracia! Adelaida mia, porque su *alma* es tan noble! Y además, he leido en la tuya...

—No me hableis de ese modo, contestó interrumpiéndole Adelaida; no me hableis de ese himeneo, que si algun pesar tengo por ello, quiero olvidarlo para no pensar mas que en vos, querido padre; vuestra hija os es necesaria y no os abandonará nunca, á fin de hacer agradables vuestros últimos dias. Me llamaré siempre



N.º 4.—PEINADO PARA INTERIOR DE CASA, VISTO POR DETRAS.

N.º 3.—PEINADO PARA INTERIOR DE CASA.

© Biblioteca Nacional de España

la señorita de la Faluere: habeis hecho tan bello este nombre, *que no quiero cambiarle por ningun otro.*

Así aquella hija generosa se inmolaba por su padre y admiraba su sacrificio, sin advertir que ella misma le igualaba en abnegacion. Convinieron ámbos en que desde aquella misma tarde su casa y todos sus bienes serian entregados á la viuda, pues ya todo aquel esplendor les incomodaba, deseando por momentos cambiar de morada.

Poco despues M. de la Faluere se dirijió á casa de la viuda y le explicó el error que habia cometido, anunciándola cómo iba á repararlo. La prosperidad no deslumbró á aquella mujer, á quien tampoco habia abatido entre aquellas dos personas distinguidas por la elevacion *de sus sentimientos un debate digno de su generosidad* en que salió vencedor el magistrado, y aquella misma tarde dejó instaladas á la viuda y su hija en su magnífica casa. El fué á habitar con su Adelaida en una pequeña casa de un barrio extraviado de la ciudad, que á su hija pareció espaciosa y cómoda, deseando ante todo aliviar la pena de su amado padre: manifestábase contenta porque su deber era estarlo, y no hubiera podido significar enfado ó tristeza en su nueva posicion sin que esto fuera para el magistrado una tácita reconvencion.

¿Qué faltaba pues á aquellos nobles corazones? Cada uno de ellos gozaba con su propia virtud y con la del objeto de su ternura: su recompensa la encontraban en sí mismos, y no ambicionaban otra.

III.

Mas el cielo, que frecuentemente no concede en esta vida á la virtud sino un premio interior, quiso en aquella ocasion hacer una excepcion ejemplar. He aquí lo que ocurrió:

Al saber M. de Morvan lo que habia pasado, se irritó y sorprendió mucho: «¿Qué he hecho yo, se decia, para merecer tan poca confianza de M. de la Faluere? ¿Me supondrá capaz de variar de opinion respecto á su hija porque no tiene mas dote que la gloria de tan bella conducta?»

Lleno de generosa exaltacion, corre á casa de Adelaida y violenta la consigna que cerraba la puerta á aquellos de quienes temian inútiles elogios ó imprudentes *reconvenciones.* Dirijese á M. de la Faluere y le dice:

—Caballero, cuando me prometisteis la mano de vuestra hija, y despues cuando esta señorita se dignó darme á entender que su eleccion estaba de acuerdo con la vuestra, debí pensar que ningun suceso podria cambiar en nada una determinacion fundada sobre nuestra estimacion reciproca. Si hubiéseis sido nombrado canciller de Francia, ¿me hubiérais retirado vuestra palabra? No; pues bien: ¿acaso podeis retirarla bajo el pretexto de que sois menos rico? ¿Tengo yo menos derecho á la mano de Adelaida que la viuda á vuestra fortuna? Y luego añadió el vizconde con mas calor:—Hay mas, caballero: sois injusto conmigo; haciendo nacer contra mí prevenciones de que sin duda participais, el público pensará ciertamente que he renunciado á vuestra hija, porque no tiene fortuna. ¿Quién sabe si vos me habeis retirado vuestra palabra, ó si yo he violado la mia? La malevolencia me atribuirá sentimientos indignos de mí, y vos sereis la causa, vos á quien *siempre* he profesado un respeto tan profundo, una afectacion tan verdadera.

Viendo que M. de la Faluere parecia *conmovido*, añadió vivamente:

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTITO DE CALLE.—Trage de poult de seda color de «cabellos de la reina,» oscuro. La enagua va orillada por abajo con un rizado recortado de tafetan negro, que cubre un espacio de 6 centímetros; un gran volante (de 25 centímetros de ancho) plegado con ondas en su borde superior, con rizados en sus orillas de tafetan negro recortado, está puesto á 5 centímetros de distancia del rizado de abajo de la enagua. El rizado inferior del volante tiene 4 centímetros de alto, el superior dos y medio. Corpiño liso, montante con cinturon; mangas guarnecidas de rizados figurando la vuelta. Sombrero de crespon violeta; adornado por encima y por debajo con flores de pluma violeta, el corazon de las cuales es negro.

BATA DE CASA VISTA POR DELANTE Y POR DETRÁS.—Se hace de cachemira color de ceniza de rosa. La guarnicion se compone de tiras de cachemira violeta, orilladas de terciopelo negro y adornadas con botones del mismo terciopelo; la tira que orla la enagua tiene 12 centímetros de ancho, y sube por delante en dos tiras, cada una de 3 centímetros, que van estrechándose hácia el talle. Una especie de berta que figura tirante, de 8 centímetros de ancho, y que tambien se estrecha hácia el cinturon para ensancharse de nuevo por abajo, guarnece el corpiño. Las borlas que penden de todas las puntas de esta berta son de color violeta y negro mezclados.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Oh! dejadme llamaros mi padre: volvedme esa á quien tanto amo y á quien admiro al propio tiempo: que mi fortuna no me sirva de exclusion. ¿Es acaso falta mia el ser rico? Desechad ese orgullo que causaria mi eterna desgracia, y tal vez la de Adelaida. ¿Temeria vuestra hija tener demasiadas obligaciones con su marido? No; al contrario, de mi parte estarán todas; y si hace algunos dias podia creerme igual á ella, hoy me considero muy dichoso si me honra elevándome hasta su altura.

El severo magistrado no pudo resistir por mas tiempo á tan generosas instancias, y la señorita de la Faluere llegó á ser la señora de Morvan, haciendo la compieta felicidad de su marido, sin disminuir en nada lo que habia prometido á su padre.

De este modo M. de la Faluere encontró la mas dulce recompensa de su noble conducta en la felicidad de su hija.

Mas no fué esto todo, pues informado el rey Luis XV de aquella accion tan elevada, quiso honrarla con una brillante recompensa, y confirió á M. de la Faluere la dignidad de primer presidente del parlamento de Bretaña, pensando que quien se habia hecho á si mismo tan severa justicia, la haria igualmente en todo, y que sus mismos compañeros celebrarian haber de honrarle como á su jefe. A esta dignidad añadió el rey una renta anual de 40.000 francos. Asi la virtuosa conducta de M. de la Faluere y su hija tuvo una pronta y grande recompensa: pero que no nos engañe éste ejemplo; acordémonos siempre de que nuestro amor á la virtud debe ser desinteresado, cumpliendo siempre aquella máxima:

«Haz lo que debas, suceda lo que quiera.»

C. A. DE L.

LEYENDA FANTASTICA,

POR

DON VICENTE RUBIO Y DIAZ.

ADELINA.

I.

En 183... estudiaba yo mi último año de Leyes en la Universidad de Sevilla. Mis padres, labradores de las cercanías, me habian dedicado á esta carrera, que á la verdad no era mi vocacion, creyéndola de un brillante porvenir. En efecto, los hombres que ocupaban los puestos mas importantes en España, eran legistas que, en su mayoría, se elevaron de las clases mas modestas de la sociedad.

Estos ejemplos no bastaban para reanimar mi indolencia en el estudio; y seguí y gané los seis cursos, únicamente por evitarles el sentimiento que una repulsa les hubiera ocasionado. Pero si me decidí á estudiar durante siete años, lo cual era para mi un sacrificio, no por esto abandoné mis esperanzas para el porvenir.

Me sentia con una organizacion especialisima para la música.

Siendo muy niño todavía, me embelesaba escuchando los armoniosos acordes de un piano, los rasgueos de una guitarra, los sones graves de un órgano y hasta los sonidos penetrantes y melancólicos de las campanas de la giganiesca giralda de Sevilla. Mas de una vez, durante la noche pasé horas enteras oyendo aproximado á una reja, armonías que á través del muro llegaban á mi oido, producidas por las voces de algunas jóvenes que cantaban acompañadas por el piano.

Mi aficion y mi entusiasmo crecian con la edad, y escusado es decir que aprendí música y que no pudiendo tener un piano, me contenté con poder rasguear una guitarra.

No obstante, yo sabia casi todos los *spartitos* de los grandes maestros, que habia estudiado con religioso respeto y admiracion.

Muchas veces dejaba el *derecho civil y penal* ó las *instituciones del derecho canónico* con el mayor hastío sobre la mesa de mi estudio; para hojear y estudiar ansioso alguna nueva composicion música que habia llegado á mi poder.

Para adquirir obras de una manera económica, en armonía con mis escasos recursos, hice conocimiento con un almacenista de música, el cual me dejaba copiar las óperas y composiciones que yo deseaba.

Tenia, por tanto, una pequeña biblioteca música, toda adquirida con mi pluma.

Mi excesiva aficion dió lugar un dia en clase á un equívoco bastante risible. Explicaba el catedrático derecho canónico y yo estaba, como siempre, abstraido pensando en reglas de armonía y composicion. De repente dirijiéndose á mi, preguntó ¿qué entiende V. por cánon?

—Es una especie de fuga, dije yo, que consiste en la repeticion indefinida del mismo canto por varias partes que entran unas despues de otras. El cánon se divide en *abierto, cerrado* y *enigmático*. El abierto es el que...

Una carcajada general de mis condiscípulos y el aspecto de la fisonomía del profesor, me impidieron continuar y comprendí la torpeza, ó mejor dicho, la distraccion que habia padecido.

El catedrático me reprendió y yo me senté mohino y abochornado.

Este hecho, unido á las frecuentes distracciones que yo padecia y á cierta propension á buscar el aislamiento y la soledad, dieron lugar á que mis condiscípulos me llamasen el *filósofo distraido*.

Con estos antecedentes, ya habrá comprendido el lector, cuales eran mis esperanzas, mis deseos, mis sueños dorados.

¡Ser compositor! ¡He aquí mi sueño!

Mis proyectos, eran abandonar la abogacía en cuanto pudiese y marchar á Italia á perfeccionarme y estudiar con los grandes maestros.

Si me hubiesen dado á elegir entre una corona, y la gloria de ser un gran músico, hubiese optado sin vacilar por esto último.

. . . . . .

Era una noche del mes de Abril.

Aun resonaban en mi oido las últimas notas de la grandiosa y melancólica composicion de Haydn *La Creacion*, que acababa de oir. Mi espíritu estasiado, se levantaba á no sé qué regiones desconocidas.

La brisa perfumada con el azahar de los abundantes naranjos de la reina del Bétis, la luna plateando las blancas fachadas de las casas y el recuerdo del canto sagrado abstraian mi alma de este mundo, en el cual estaba como un extrangero que al llegar á una populosa ciudad todo le es desconocido. Ni las hermosas mujeres que cruzaban las calles, ni el bullicio de los hombres que conversaban, ni el movimiento de todos, podian sacarme del dulce aislamiento en que me encontraba.

La música, ese don precioso del cielo, habia herido como siempre mi alma, predispuesta á sentir su influjo. Y ¡cosa rara! sus ecos encantadores, desenvolvian los gérmenes de dolor, de luto y llanto que abrigaba en mi espíritu, que buscaba la soledad y la meditacion despues de recibir su mágica influencia.

Huia, pues, del bullicio de la ciudad y buscaba en las afueras, en un lugar apartado á orillas del Guadalquivir, la soledad y el silencio.

Allí, me senté, y dejé volar mis pensamientos libremente.

—Creo que hubiera sido un gran músico, pensaba yo, si mi educacion preferente hubiera sido este divino arte. Siento en el fondo de mi espíritu, ignotas armonías que si pudiese desenvolver asombrarian al mundo!

—Pero no basta sentir para ser músico, es menester que los demás sientan, y he aquí la habilidad del compositor, esto requiere profundos estudios que yo no tengo.

Aquí exhalé un profundo suspiro.

—Cuantas veces he llorado, no sé si de entusiasmo, si de envidia, al ver aplaudir á un cantante, ó á un maestro. ¡Ah, debe ser una cosa embriagadora la gloria!

—Haydn, Beethoven, Mozart, Haendel, Porpora, Bellini, Meyerber, ilustres intérpretes del lenguaje de los ángeles, yo os venero! No cambiaria ni por un cetro, la gloria imperecedera que han alcanzado vuestro genio é inteligencia.

—¿Quién habla ahí de genio y de inteligencia? Dijo una voz seca y cascada.

Entonces comprendí que entusiasmado estaba hablando en alta voz. Miré y ví delante un viejecillo de rostro descarnado, escasa estatura, aspecto severo y trage negro.

—Caballero, le contesté, estaba aquí reposando un poco y pensando en los grandes maestros del arte músico.

—¿Y quién os ha dicho que Haydn, Mozart, Beethoven, ni ninguno de los que habeis nombrado son maestros?

Al oir aquella blasfemia, dije con acento irritado, esos son genios colosales, á quienes todo el que conoce sus obras, no puede menos de respetar!

—¡Genios colosales! replicó con un aire de desden: os equivocais. En música no hay genios colosales, todos son pigmeos. Los maestros conocidos hasta el dia, no la escriben como Dios ha querido que sea, como nos la enseña la naturaleza, como la comprende la razon. No es el canto de los seres celestiales, no es la mas sublime poesía del lenguaje, no es música lo que se escribe; es la grosera parodia, es la risible caricatura de todo esto. La música verdadera, genuina, es otra cosa mas sublime, mas encantadora que lo que vos habeis oido. Es la vara mágica que transforma las ciudades, que cambia las costumbres, que derriba los cetros, y domestica las fieras. En los primitivos tiempos: cuando la humanidad estaba mas cercana á la época de su creacion: cuando aun recordaba el aura armoniosa de la palabra del Dios misericordioso, ó el eco tremebundo y fiero del Dios ofendido por el pecado; el hombre podia imitar estos sonidos capaces de hacer los mas grandes milagros. Por eso veis en la antigüedad que la música convertia á los leones en mansas ovejas, y las murallas de las ciudades levantarse al son de los instrumentos. Hoy todo se ha perdido, se ha olvidado. Hoy no hay música!

Los ojos del desconocido fulguraban de entusiasmo y su cuerpo crecia á la vez que relataba. Yo permanecia estático escuchando su discurso.

—Cuando el arte se olvida de la naturaleza, prosiguió, no produce mas que monstruosidades absurdas. Los músicos no han admitido mas que doce sonidos *distintos* en la escala y esto es falso. Entre cada semitono hay comprendidos infinidad de sonidos que sirven para expresar las grandes pasiones y las luchas gigantescas del alma. Observad el grito desgarrador de una madre que pierde su hijo; no es ningun sonido músico y sin embargo, conmueve, extremece; basta oirle para saber que es un efecto de dolor y de desesperacion.

—¡Ah! es cierto, dije yo, arrastrado por la fuerza de raciocino de aquel hombre.

—¿Es cierto? pues todas las grandes sensaciones se expresan con gritos desgarradores, no con sonidos musicales. Habreis oido el famoso *Miserere* de X... le creereis magnífico, y sin embargo es detestable.

—¡Detestable! dije, pareciéndome que me las habia con un loco. Pues á juicio no solo mio, sino de todo el mundo es una obra de gran mérito.

—Le tiene si se consideran en absoluto las armonías, los contrapuntos, los cantos, las combinaciones, en fin, que posee; pero es detestable, antifilosófica, absurda en atencion á lo que debia expresar. ¿Creeis que los gritos desesperados de la humanidad condenada por el pecado, se pueden interpretar bien con una melodía larga, monótona y triste? El que pudiera escribir una composicion que tradujese la angustia de toda ella, alzando su voz al *Creador* y diciéndole: *porque tú sabes que en iniquidad he sido criado y que en pecado me concibió mi madre*: haria extremecer de espanto, llorar de contriccion y gemir de dolor á los auditores. Pero, no hay en el mundo quien haya traducido en música esta frase con toda la sublimidad que encierra!

—Luego ¿no existen músicos en el mundo?

—Jóven, me contestó con acento solemne, yo he dedicado mi vida á la realizacion de una sola idea constante, eterna en mi cabeza. Al dormir era la última que giraba en mi mente y con ella me despertaba. Así he llegado á la vejez, siempre trabajando para conseguir el mismo objeto, que es la regeneracion completa del arte. Los instrumentos, las obras de los llamados grandes maestros, los símbolos músicos conocidos, todos los medios hasta el dia usados; desparecerán como incompletos, insuficientes y mezquinos el dia en que el mundo se apodere del fruto de mis largos estudios. ¡Oh! ya estoy para concluirlos; un año, tal vez menos y los hombres se asombrarán del vasto horizonte que les presentará mi teoría; de las ignotas y mágicas melodías que han de escuchar. Colon descubrió un mundo lleno de riquezas, yo descubriré otro lleno de armonías. Ambos existian; pero se necesitaba un hombre osado y sufrido que saliese á encontrarles.

—Todo eso es sobrenatural, fabuloso, repliqué.

—En toda fábula hay una gran verdad. La mitología es una enseñanza profunda, disfrazada con el carácter de fábula; en ella se nos dice que los antiguos domaban las fieras y construian ciudades con el impulso mágico de los sonidos. Descartad á este relato de la parte mitológica y quedará reducido á que la música fué en los primeros tiempos de la humanidad un elemento de fuerza, esplotado por algunas personas. El dia que yo concluya mi trabajo, tendré un medio de excitar las pasiones mas fuertes; el odio, la venganza, el reconocimiento, todos los resortes del alma, los impeleré con la misma seguridad que el mecánico pone en accion una máquina. La naturaleza humana, posee íntimas fibras de vitalidad que la música puede conmover. ¿Vos mismo no habeis llorado al escuchar ciertas melodías? ¿No habeis sentido deseos de venganza, de odio? Pues si esto sucede ahora que no se conoce mas que el bosquejo ¿qué fuerza no tendrá cuando se conozca la obra, el cuadro concluido?

—Pero ¿cuál es vuestro plan, vuestra idea?

—Ese es mi secreto. Sin embargo, no lo será para vos, si quereis aceptar las condiciones que voy á proponeros.

—¿Condiciones?

—Si, escuchad. Os he visto muchas veces en el teatro conmoveros, inmutaros por el influjo de la música: he espiado vuestros movimientos, vuestra fisonomía y he conocido que sois una naturaleza privilegiada para este arte.

Si aquel viejo me hubiese hecho rico y poderoso, no creo, que lo hubiese agradecido tanto. Era mi pesadilla, mi idea constante.

—Yo podria morir, continuó, y quedaria infructuoso, desconocido el trabajo largo y penoso que he emprendido. Si quereis uniros á mí, os iniciaré en estos secretos, sereis mi sucesor y alcanzareis mas gloria que ningun nombre de los que nos habla la historia. Pensadlo bien: os doy de término hasta mañana á las doce de la noche, hora en que vendré á buscaros en este mismo sitio. No olvidad qué hay cosas extraordinarias, agentes desconocidos, fuerzas ocultas, que Dios no ha querido revelar al hombre; sino es dejarle el trabajo de encontrarlas; las cuales cambiarán de tal manera la existencia de él en la tierra, que las futuras generaciones compadecerán á las que las precedieron por su ignorancia y estupidez! Hasta mañana pues, y reflexionad!

Dichas estas palabras, se alejó pausadamente y ví perderse su silueta entre los árboles.

—¡Extraño personaje! pensaba yo, tiene un no sé qué en su fisonomía que le hace repulsivo y siniestro á la vez.

Levantéme del asiento en que estaba, y sumido en profundas reflexiones, soñando dias de gloria, de esa gloria que era mi esperanza desde la niñez, me dirijí á mi casa.

La luna hundia su disco en el horizonte y tres sonidos que agitaban el aire con sonora vibracion, se repetian con prolongados ecos.

¡Eran las tres de la madrugada!

(*Se continuará.*)

CREO EN DIOS.

CUENTO DE COLOR DE ROSA.

(Continuacion.)

V.

Isabel apenas se separó de Ascensita á la puerta de

© Biblioteca Nacional de España

la casa grande encontró á Diego que volvia de trabajar de las llosas.

—Oye, Diego, le dijo Isabel: Ascensita ha ido conmigo á la fuente y hemos hablado mucho de tí.

—¿Y qué habeis dicho?

—Que eres un descastado.

—¿Por qué?.

—Porque haces desesperar á la pobre Ascensita.

—Quien bien te quiere, te hará llorar.

—Diego, por Dios, déjate de chanzas, que la pobre chica se vá á morir de pena si sigues así. Tú no sabes lo que ha llorado en el castañar.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues por qué?

—Porque cree que no la quieres.

—Hace mal en creerlo.

—Pues si la quieres, ¿por qué aparentas lo contrario?

—Por divertirme.

—Por Dios, Diego, deja esa diversion, porque si vosotros los hombres viérais la herida que hace en nuestro corazon lo que apenas hace impresion en el vuestro, tendrias profunda lástima de nosotras. ¿No veis que para nosotras todas las dichas del mundo se encuentran en el amor, al paso que para vosotros los hombres el amor solo es una de las dichas á que podeis aspirar en el mundo?

—Tienes razon, Isabel, y me alegro de que me lo recuerdes, contestó Diego, abandonando el tono chancero que le era habitual. Te aseguro que quiero á Ascensita tanto como Pepe me ha dicho que te quiere á tí.

Isabel se sonrió de gozo al oir estas últimas palabras, y despidiéndose de Diego continuó su camino pensando con deleite y enternecimiento en Pepe.

Era ya completamente de noche cuando Diego llegó á su casa.

—¡Pobre hijo mio, qué cansado vendrás! le dijo su madre.

—Verá V. qué pronto echo penas y cansancio al aire con un par de cantas que voy á entonar en la solana.

—Harás bien, hijo.

Canta y no llores
que cantando se alegran
los corazones.

Mientras tú cantas voy á acabar de arreglar una cenita que te vas á comer los dedos tras ella.

La noche estaba hermosísima.

La luna llena brillaba en un cielo tan azul como los ojos de Ascensita.

Las rosas y los claveles brotaban por todas partes, así en la huerta de Agustina como en la de D. Rafael, y los frutales estaban unos cargados de flor y otros cargados de fruta.

El suave ambiente de la noche parecia complacerse en embalsamar la solana con todos los perfumes de la huerta.

Diego se sentó en un extremo de la solana alumbrado por la luna, cuyos rayos no interceptaba por aquel lado el follaje de las parras.

En la solana de la casa grande, oscura porque allí no daba la luna, descubrió Diego un bulto que no dudó fuese Ascensita.

Diego tomó su vihuela y empezó á cantar la copla.

El clavel que tú me diste
el dia de la Ascension.

El bulto de la solana de en frente empezó á moverse.

Diego entonó en seguida con dulce y sentido acento, esta otra canta:

Emperatrices y reinas,
por tí despreciara yo,
que tú solita solita
reinas en mi corazon.

Y el bulto de la solana salió á luz, es decir bajó á la huerta donde daba la luna, y á donde bajó tambien Diego, porque el bulto atraido por sus cantares era aquel montoncito de rosas y de azucenas que llevaba el nombre de Ascensita.

Diego y Ascensita habian llegado á ser novios como se llega á ser amigos, sin preguntas ni respuestas, sin convenio prévio, porque sale de dentro, por instinto, *porque sí*. Nunca se habian preguntado «¿me quieres?» y la razon es muy sencilla: á Diego no le habia ocurrido nunca esa pregunta, porque nunca le habia ocurrido que Ascensita pudiera no quererle, y Ascensita no se habia atrevido á hacerla, porque Diego no se la habia hecho á ella.

Ascensita se despepitaba por dirigir á Diego un ¿me quieres?

Sin un me quieres ¿qué es el amor?

Sábenlo todos los que han querido, que son todos los que han nacido.

—Ascensita, ¿estás llorosa?

—Sí que lo estoy, Diego.

—Por qué has llorado?

—Porque sí.

—No sabes que yo te quiero?

—Me quieres? me quieres?

La niña, como vemos, echaba á pares los ¿me quieres? para desquitarse de tantos y tantos como habia tenido en la puntita de la lengua sin atreverse á dejarlos pasear por sus labios de clavel.

—Te quiero mas que á mi vida,
mas que á mi padre y mi madre,
y si no fuera pecado
mas que á la Vírgen dél Cármen,

contestó Diego estrechando contra su pecho la linda cabecita de la niña.

—Hijo mio, vamos á cenar, dijo Agustina apareciendo en la solana.

—Allá voy, madre, contestó Diego.

—De veras, Diego, me quieres? volvió á preguntar Ascensita.

—Mas aun que Pepe á Isabel, contestó Diego, y echó á correr hácia donde le esperaba su madre.

D. Rafael, entretanto, leia á Volney y no se cuidaba de su hija, porque por lo visto entraba tambien en sus ideas el dejar á las niñas que se las campanean á su gusto.

(*Se continuará.*)

DOLORA.

La poseyera el mundo un tiempo escaso,
Porque un modelo celestial tuviera;
Mas encontrando abrojos á su paso,
Tornóse al cielo en busca de su esfera.

¡Ay del alma cuyo mal
Nutrido por el quebranto,
Busca la fuente del llanto,
Y halla seco el manantial!

Como nevado lirio que se mece
Al tibio soplo de la brisa amante,
Aun su célica imágen se me ofrece
Arrullada en mi seno palpitante.

¡Ay del que infeliz amó
Cual á un Dios, á un ser humano!
Que del cielo busca en vano,
El camino que perdió.

Desde mis brazos por mirar al cielo
Su cabeza infantil plácida erguía:
Y de sus ojos al tornar al suelo
Gota brillante fulgurar veía.

¡Ay del que llorando espere
Sanar su profunda herida!
Que ha de acabar con su vida
El dardo que el pecho hiere.

Su lánguida mirada temerosa,
Solo en mis ojos con placer fijaba,
Interrogando el porvenir ansiosa
Que el maternal amor garantizaba.

¡Ay del que en su amarga pena
Lo cautiva el pensamiento!
Que ha de ver cada momento
Remacharse su cadena.

Lazo de amor, su blanda cabellera
Nuestros pechos amantes anudaba,
Y un alma los dos cuerpos animaba
Sin que partirse en dos jamás temiera.

¡Ay de aquel que un alma amante
Dentro de su pecho encierra!
Ese encontrará en la tierra
Rara vez un semejante.

La blanca flor que mustia languidece
Al soplo de huracan embravecido,
A la sombra del sauce se guarece
Por conservar su níveo colorido.

¡Ay del que miró partir
La mejor parte del alma!
¿Donde ha de encontrar la calma
Aunque arrastre su vivir?

Tesoro de mi amor! Su faz de rosa
Al choque del pesar palideciendo,
Al maternal amor fuerza pidiendo,
Recelaba la envidia cautelosa!

¡Ay de aquel mudo dolor
Que la memoria agiganta,
Cuando la imágen levanta
De nuestro perdido amor!

Angel fué, que sus alas desplegando,
Sacudiendo su blanca vestidura,
Las prendas de su amor dejó llorando
Para obtener su perenal ventura!

¡Ay del alma dolorida
Sofocada por la pena!...
Ella ha de ser la cadena
Que la arrastre á mejor vida.

El cielo con sus astros resplandece
Reflejando en el mar su azul profundo,
La gaya flor su aroma nos ofrece,
Mas nada hay bello para mí en el mundo.

Ay! que la flor de mi eden
En otros pensiles crece!...
Dichoso aquel que merece
No apartarse de su bien!

Hoy que la muerte con su saña impía
Tus caricias me roba en tu alborada,
Sobre tus *vestos* hallarás colgada
La ofrenda que tu madre te ofrecia

Ay!... que no puede el olvido
Dar consuelo á mi dolor!...
Que es un bálsamo perdido
La esperanza de otro amor.

9 de Abril 1863.

ANGELA MAZZINI.

EN UN ALBUM.

Al ver de tus rubios cabellos los rizos
Que adornan besando tu angélica faz,
Olvidan las auras las flores del prado,
Viniendo en tus trenzas perfumes á hallar.

Al ver de tus ojos, de azul de los cielos,
La casta mirada, la tierna expresion,
Oculta de envidia, perdido entre nubes,
Sus rayos ardientes el vívido sol.

Y al ver la sonrisa que vaga en tus labios
Un mundo brindando de dulce ilusion,
¿Habrá quien no sienta perdida su calma
Soñando una vida de mágico amor?

LUIS CÁRLOS TIRADO.

Cuando mas viva se agitaba la polémica acerca de la existencia del Circo como teatro, digimos nosotros que, á fuer de periodistas de escalera abajo, no podiamos sino aceptar los hechos consumados ya, sin que nos fuese dado discutir respecto á la razon de su existencia; ese derecho se queda para otros, y á fé que no lo envidiamos. Ello es pues que el teatro del Circo existe, que funciona, y ya desde este punto, y no antes, entra en el círculo de nuestras atribuciones.

Pero el Circo no solamente vive, sino que vive muy bien, que engruesa á ojos vistas, porque es barato, y la baratura es una cosa tan rara en los tiempos que atravesamos, que aunque solo fuera por esta circunstancia ya seria lo bastante para adquirir el favor del público, cualquiera que él sea. Esto es decir que la experiencia se ha encargado de demostrar la exactitud de nuestras opiniones respecto á utilidades teatrales: muchos pocos en vez de pocos muchos. Aquellos dos realitos de la entrada son otras tantas gotas que hacen al cabo un cirio pascual; y ya que las especiales condiciones del Circo se lo permiten, hace muy bien de poner en práctica estos principios de economía.

Este teatro ha inaugurado sus tareas con una compañía de zarzuela. No necesitamos decir aquí ahora, porque nuestras opiniones en este punto hace años son conocidas, que no somos entusiastas, ni muchísimo menos, de este género lírico-dramático: no lo somos, porque á la zarzuela se ha sacado frecuentemente de sus verdaderas condiciones; ella ha entrado, como otras muchas cosas, en la via de la especulacion, y como la zarzuela ha sido y es todavía una cosa productiva, á ella se ha lanzado en masa todo el mundo, sin cuidarse antes de saber escribir, ó sin cuidarse de escribir bien el que sabe. Se coge por lo comun un *vaudeville* francés ó cosa por el estilo, se traduce llamando D. Fulano al que era allí Monsieur Mengano, se traslada la accion, para que pueda haber vestidos con relumbrones, á la época de Felipe V, de Fernando VI, y mejor que todo eso á la de Felipe IV que es la mas manoseada de todas, y ya tenemos una zarzuela *original*.

Si el autor de la música es poco escrupuloso ó está de prisa, le zurce una cancion francesa y dos ó tres boleros con acompañamiento de castañuelas, aunque haya de ser una reina quien la cante, y ahí se echa el engendro á volar con su correspondiente receta de propiedad literaria contra el botiquin, y como la zarzuela corre toda España en las maletas de la compañía, produce muy buenos pesos duros á los autores, quienes aleccionados por este ejemplo no se toman el trabajo ímprobo de escribir obras de conciencia, dado que sepan, puesto

© Biblioteca Nacional de España

que por ellas no sacarian ciertamente mas de lo que han sacado á tan poca costa.

Esta ha sido quizá la mas poderosa de las causas que han influido para que no haya podido realizarse el pensamiento de algunos autores de llegar á la creacion de una ópera nacional. El camino que se ha hecho seguir á la zarzuela desde su resurreccion hace algunos años la aleja de aquel punto cada vez mas, y como por otra parte no ha creado sino muy pocos artistas de aquellos que pueden dar vida á un género nuevo, resulta que permanecemos siempre como el primer dia. Esto es lógico: lo malo pasa como lo mediano, con tal de que haya algo que haga reir, aunque á veces sea á despecho del sentido comun. ¿A qué esforzarse pues? ¿A qué un estudio concienzudo de una pieza, si ha de agradar mas otra en que los actores den media docena de zapatetas al aire en vez de notas?

La zarzuela, pues, ya que no logra entusiasmarnos nunca, nos suele entretener cuando se presenta con aspiraciones modestas y con pretensiones reducidas; y cuando el señor Olona, por ejemplo, nos da *Entre mi mujer y el negro*, ó cosa por el estilo, nos reimos cordialmente y no le juzgamos, así como escuchemos con gusto cierto género de música que se adapta á sus obras, y que no quiere pasar mas allá de las condiciones que el autor se ha impuesto.

Dicho esto, entremos en la reseña de las tareas de la nueva compañía.

Poco habremos de decir de *Campanone*, produccion ya aquí bien conocida. Todos saben que esta es una ópera bufa italiana, y que por tanto es una planta exótica en el terreno de la zarzuela. Distinguióse en ella la Sra. Santamaría, que es sin duda una cantante de notable mérito en su género, y que fué muy aplaudida.

Vistas eran tambien hasta la saciedad otras de las zarzuelas ejecutadas, como *El amor y el almuerzo*, *El niño*, *Los diamantes de la corona* (traduccion francesa), *El relámpago* (idem per idem), y algunas otras; pero entre estas se ha puesto en escena *Amar sin conocer*, que para nosotros por lo menos era nueva. Digamos algo de ella.

Una condesa llamada Laura está enamorada, lo cual nada tiene de particular; pero lo raro, lo inconcebible es que no sabe de quien. Ha recibido cartas muy tiernas y muy bien escritas, ha oido canciones debajo de sus ventanas, y se ha enamorado perdidamente de aquellas cartas y de aquellas canciones; mas como ellas ni se han escrito ni se han cantado por sí solas, ama al incógnito autor, y eso á términos que desprecia á un marqués que le hace la corte, y que siendo inútiles todas sus pesquisas para averiguar quién sea el incógnito objeto de su amor, está casi resuelta á entrar en un convento. Es una escentricidad de esas que solo tienen cabida en una produccion teatral. Ciertas casuales coincidencias, por supuesto injustificadas, hacen que recaigan sus sospechas sobre un majadero de á folio llamado Fabricio, completo mamarracho, al que el ofendido marqués busca por instrumento de su venganza. La condesa, así y todo, acepta con placer por esposo, á aquel animal, pero al ir á firmar el contrato vacila, porque ha conocido lo burdo del paño de su novio. Una de las consabidas canciones, cantada detrás de una cortina, la deciden del todo, arroja la pluma, corre á buscar á su querido ruiseñor, y el nido está vacío. Desmayo de fórmula, y cae el telon.

El marqués prosigue en su propósito, y la condesa comienza á resignarse; pero el marqués, que conoce á su rival y que se ha batido con él algun tiempo antes, hallándolo de nuevo en su camino procura alejarlo, ora con engaño, ora á viva fuerza, despues de haberlo calumniado ante la condesa suponiéndolo autor de cierto insulto que en una fiesta le dirigió un enmascarado. Las tramas del marqués son descubiertas por D. Alvaro, que este era el nombre del rival favorecido, y en su consecuencia se citan para un nuevo duelo; mas el marqués escrupuliza, no quiere interponerse entre la dicha de dos personas que se aman, y al alejarse escribe una carta en que todo se revela. Esta carta, leida por la condesa, aclara el misterio. Su amante no es mas que alferez, es pobre y hasta anda sucio, segun allí se dice; pero aunque hubiera sido cabo de escuadra, y aunque llevará encima toda la basura del apero, la condesa le habria abierto sus brazos, como en efecto lo hace, dando con ello fin á la zarzuela.

Por supuesto que el pensamiento de una gran dama enamorada por cartas y por canciones, y que no conoce á su amante, no es nuevo en la escena. Está tomado de una comedia francesa titulada *El hombre mas feo de Francia*. Allí el amante no es un alferez, sino un duque, pero era un prodigio de fealdad.

La música se parece á las de las tres cuartas partes de las zarzuelas.

Continuaremos otro dia esta reseña, y en ella diremos algo de la Srta. Toda, otra tiple de la compañía.

Las entradas continúan abundantes.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

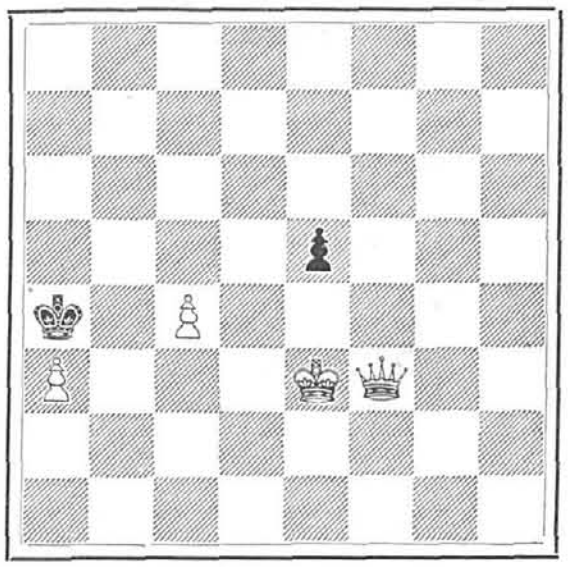
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 5.

1 R^a 7^a AR jaq.	2 P come A y a C jaq.	3 C 6^a AR jaq.
R come R^a	R juega.	R juega.
4 C 7^a AR jaq.	5 C 8^a R jaq.	6 C 5^a R jaq.
R juega.	.....	.....
7 C 7^a AR^a jaq.	8 C 4^a AR^a jaque y mate.	

PROBLEMA N.º 6, POR M. DURAND (DE LISIEUX).

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 4 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE POULT DE SEDA AZUL MÉJICO.—Lo bajo de la enagua va guarnecido con cuatro filas de cuadros de terciopelo negro tocándose por sus puntas. Estos cuadros son de encage blanco estrecho, cubierto en su mayor parte por encage negro; la primera fila (la del borde inferior) descansa sobre un volante de encage blanco, tambien cubierto en sus tres cuadros por encage negro. El corpiño, montante, tiene un coselete compuesto de tres filas de los mismos cuadros, de menor tamaño, junto á la cintura, y que va ensanchándose en las dos filas superiores. Las mangas se guarnecen con una sola fila de cuadros, que descansan sobre dos volantes de encage uno blanco y otro negro. Sombrero blanco en tul de encage á dibujos, con plumas blancas y rosas por debajo.

VESTIDO DE PRIMERA COMUNION. PARA NIÑA.—Trage de muselina blanca con cuatro alforzas. Corpiño fruncido *á la vírgen*, pelerina cuadrada, orillada por un volante encañonado, mangas semi-anchas y cinturon anudado por detrás con largos cabos redondeados, guarnecidos como la pelerina. Redecilla de seda blanca con rizado de encage; esta redecilla va cubierta con un gran velo de gasa. Algunas veces el velo lleva al rededor varias alforzas, pero otras se guarnecen solo con un simple dobladillo, ó bien con un ruló de tafetan.

PARA NIÑO.—Pantalon y chaleco blancos; corbata blanca, chaqueta de paño negro.

AVISO IMPORTANTE.

Muchas han sido las personas que se han dirigido á nosotros, indicándonos su deseo de que arbitremos un medio por el cual nuestro periódico adquiera mayor cantidad de lectura, sin que por eso se alteren ni su índole ni sus condiciones actuales.

Despues de meditar detenidamente las varias indicaciones que con tal objeto nos han sido hechas, hemos adoptado la que ponemos á continuacion, por juzgarla conveniente á los intereses de los suscritores, y mas conforme á los deseos que se nos han manifestado.

El número de grabados iluminados que distribuimos es en rigor excesivo, si se atiende á que además damos frecuentemente en el testo mismo del periódico figurines en negro: por tanto, suprimiremos en cada mes dos grabados iluminados en números alternados, ó sea en cada quince dias.

En vez de cada uno de ellos daremos dos entregas de la escogida biblioteca de novelas que publicamos con el título de **Recreo del hogar**, siendo la primera de ellas **El Corsario negro**, que se está dando á luz, y que es debida á la bien conocida pluma del Sr. D. Alejandro Benisia, autor de **El Milano de los mares**, produccion tan popular y estimada.

A esta primera, seguirá otra del acreditado novelista D. Manuel Fernandez y Gonzalez, titulada **La Princesa de los Ursinos**.

Para no perjudicar á los que ya sean sascritores de esta coleccion y no quieran tener la novela duplicada, se les dará en compensacion otra obra equivalente.

Entre los grabados de labores que hoy damos en LA MODA ELEGANTE hay algunos de escaso y hasta nulo interés para nuestro país, así por sus especiales gustos y costumbres, como porque frecuentemente llegan á nuestras manos fuera de sazon. Escogeremos, pues, los mejores, los mas adecuados y de mas útil aplicacion, y suprimiremos otros, ocupando su lugar con lectura amena y vária.

Estas alteraciones tendrán lugar desde el corriente mes de Mayo. Creemos fundadamente que ellas llenarán los deseos de las personas que se han dirigido á nosotros, y que nuestros constantes y numerosos favorecedores las acogerán con satisfaccion, puesto que redundan en provecho suyo.

La Administracion de la Moda en Madrid se ha trasladado á la calle Mayor n.º 81; entrada por la plaza de S. Miguel n.º 2.

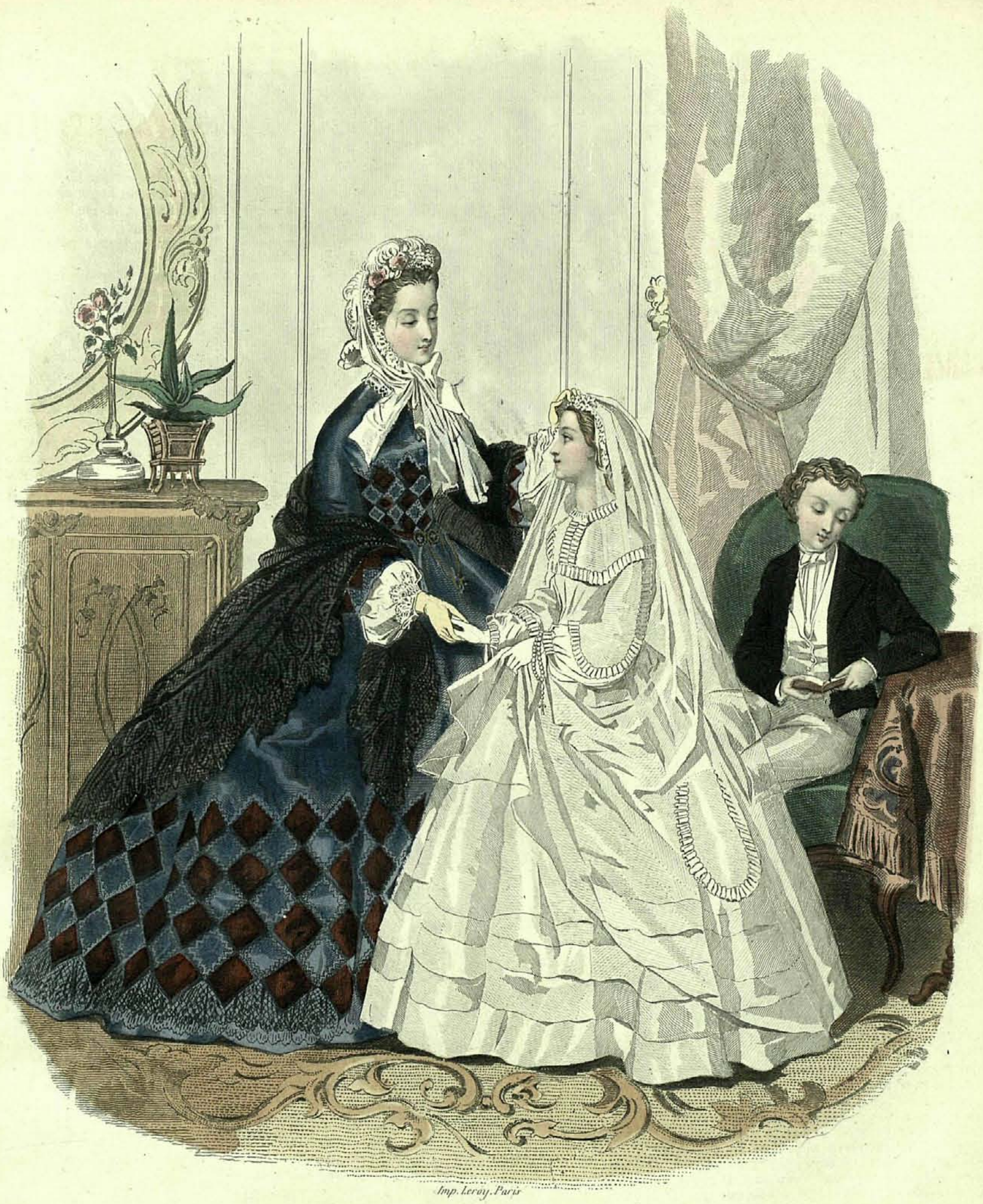
Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

GEROGLIFICO.

© Biblioteca Nacional de España



Imp. Leroy. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España